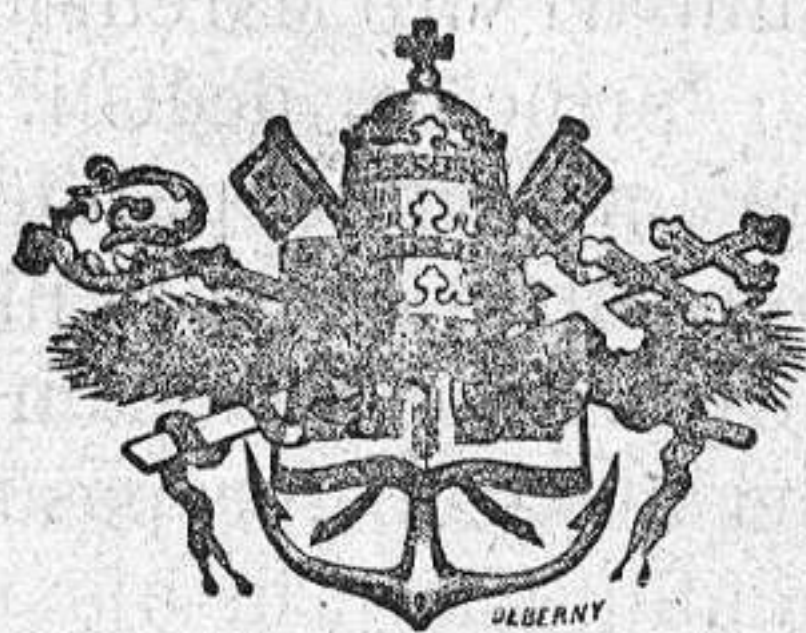




BOLETÍN ECLESIAÍSTICO
DEL
Obispado de Astorga

SUMARIO.—Carta del Emmo. Cardenal Merry del Val.—Emmos. y Rvmos. Cardenales, Venerables Arzobispos y Obispos y demás Prelados de España.—Federación Católica de los Maestros Españoles.—Disertación de Apertura de Curso de 1912 á 1913 por don Lorenzo R. Sotillo.

Carta del Emmo. Cardenal Merry del Val
al Rector de la Academia Universitaria Católica de Madrid

SECRETARIA DI STATO
DI SUA SANTITÀ.

Dal Vaticano die 23 Novembris 1912.

Núm. 60814.

RVMO. DOMINO HENRICO REIG,
Protonotario Apostólico

Rectori Academiae Universitariae Catholicae,

MATRITUM.

Rvme. Domine:

Pergratam scito *Beatissimo Patri* fuisse epistolam, quam, quinto exordiente anno ex quo Catholica ista

Academia Universitaria esse coepit, Eidem perhumã-
niter, una cum perillustri viro Marchione de Comillas,
Academiae Patrono principe, dedisti. Quam inibi,
omnium Academicorum nomine, profiteris officii con-
scientiam in Apostolicam Sedem et in infallibile Eccle-
siae magisterium, eadem spem bonam facit fore ut
quae sibi laudabiliter Academia proposuit, feliciter et
quantocius assequamini. Placet in his studium com-
mendare quo rem scholarem tuendam suscepistis.
Perutile sane ac per quam necessarium propositum!
Ea nimirum ingruunt etiam penes vos (quod nunc fere
ubisque) tempora, in quibus deterrima impiorum con-
silia huc maxime promptiores acrioresque vocant ca-
tholicorum vires. Adestote igitur animis, et institutum
iter ita persequimini, ut ex navitate vestra et ex bonis
eiusdem fructibus habeant quod et Ecclesia et res pu-
blica laetentur.

Divina ad rem subsidia conciliet Apostolica Bene-
dictio, quam paternae caritatis testem *Sanctitas Sua*
tibi, Academiae Patronis, Doctoribus decurialibus,
omnibus denique sodalibus peramanter in Domino
impertit.

Hanc postremo ego nactus occasionem, existima-
tionem in te meam confirmo, meque Amplitudini tuae
profiteor.

Addictissimum,
R. CARD. MERRY DEL VAL.

Emos. y Rmos. Cardenales, Venerables Arzobispos y Obispos
y demás prelados de España.

¡Ojalá supiésemos corresponder con palabras que tra-
dujesen perfectamente toda la gratitud que hínche nues-

tros corazones, á las cariñosas y fraternales expresiones de salutación y de aliento conque os dignásteis honrarnos en vuestro elocuente mensaje del 8 de Octubre último.

Nuestros corazones atribulados, oprimidos *quasi sub torculari*, revivirán y se vigorizarán cuando sientan latir á su lado, vibrando á impulsos de un mismo afecto, los corazones de tantos y tan ilustres Hermanos.

Cada uno de nosotros puede repetir con respecto á cada uno de vosotros las palabras del Salmista: «*Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuae laetificaverunt animam meam*». (Ps. 93).

Uniendo á la voz del Supremo Pastor y de casi todo el Episcopado católico vuestra voz solemne, habéis querido alentarnos, Venerables Hermanos, gritando: «¡Ánimo! No estáis solos: Jesucristo y Su Vicario os acompañan *et nunc hic sumus orantes pro vobis*.» (II Mach. I-6).

Entre todos los testimonios de simpatía que hemos recibido, el vuestro nos es particularmente grato y precioso, porque además de ser Hermanos nuestros en la fe y en el cargo pastoral, lo sois de un modo singular—como vosotros mismos lo habéis notado—por los vínculos que de las dos naciones de la península, hacen dos familias vecinas, amigas, hermanas estrechamente unidas, aunque con casas separadas.

Entre todas las muestras de simpatía, nos es soberanamente honrosa la de ese Episcopado, notable por sus gloriosas y antiguas tradiciones de profundo saber, de fe inmaculada, de nunca desmentida adhesión y de siempre señalados servicios á la Santa Iglesia.

¡Por felices nos tendríamos sí, mediante el auxilio de la gracia divina, mereciésemos siempre el elevado concepto que de nosotros benignamente habéis formado, sin vacilar un solo instante en el cumplimiento de nuestra santa y nobilísima misión á través de las dificultades y á despecho de los peligros de la hora presente! ¡Felices si pudiéramos

siempre decir al Señor como el Real Profeta: «*Haec omnia venerunt super nos nec obliti sumus te: et inique non egimus in testamento tuo, et non recessit retro cor nostrum.*» (Ps. 43).

Por violenta que sea la persecución, no puede causar-nos sorpresa: bien sabemos que la lucha es condición de la Iglesia en la tierra; bien sabemos que la historia eclesiástica es el cuadro de las perpetuas batallas contra esta altísima fortaleza, siempre atacada, jamás vencida; bien sabemos que así lo quiso y lo vaticinó su Divino Fundador que «*non venit pacem mittere, sed gladium.*» (Math. X-34).

Con todo no nos llevará Dios á mal que nuestros corazones sangren y sean dilacerados por el dolor—no por nuestras molestias personales, no por haber sido privados de nuestros bienes, de nuestras inmunidades y grandezas y expulsados de nuestros palacios, y hasta de las Sedes de nuestras Diócesis—, sino por presenciar tantas ruinas espirituales que no podemos impedir; por contemplar la desolación que aflige á gran parte de nuestra grey, casi desprovista ya de los socorros de la Religión; por ver nuestros Seminarios ó cerrados ó reducidos á angustiosa escasez de recursos y de alumnos; por saber que muchos de nuestros cooperadores gimen unos expatriados y otros encarcelados, y no pocos luchando con la indigencia.

Y también como á portugueses, amantes de nuestra patria, no puede menos de afectarnos dolorosamente el juicio que las naciones cultas formarán de nuestro país, donde en el primer cuarto del siglo XX campea la intolerancia, el sectarismo, la opresión de las conciencias al son de las aclamaciones á la libertad.

No podemos dejar de sentir y lamentar que Portugal sea actualmente *opprobrium vicinis nostris* (ps. 43) é incurra en aquel anatema que uno de vuestros más insignes filósofos y publicistas (Jaime Balmes) fulminó cuando decía que, en la actualidad, perseguir al Catolicismo, desco-

nocer su acción benéfica y civilizadora, pretender rasgar las páginas de su historia brillante y destruir sus monumentos gloriosos es no solamente una injusticia y un crimen, sino también una verdadera ingratitud.

Sin embargo, la hora de la justicia sonará.

¿Cuándo? No lo sabemos. Lo que sabemos es que Dios está con nosotros, porque «*juxta est Dominis iis qui tribulato sunt corde et humiles spiritu salvabit.*» (Ps. 33).

Larga y dura habrá de ser tal vez la expiación de nuestras culpas..... Haga el Señor lo que á sus ojos parezca mejor: «*Dominus est: quod bonum est in oculis suis faciat.*» (I Reg. III-18).

Entre tanto, ayudadnos vosotros, Emmos. Sres. Cardenales y Venerables Hermanos, con vuestras fervorosas oraciones á aplacar la justa ira de Dios y á apresurar el día de su misericordia.

Y que el mismo Señor todopoderoso os recompense por nosotros, con la generosidad con que sabe y acostumbra hacerlo, ya que nuestra insuficiencia no alcanza á pagar la gran deuda contraída y á la que queda perpetuosamente hipotecada nuestra profunda gratitud.

Antonio, *Patriarca de Lisboa*.—Manuel, *Arzobispo de Braga, Primado*.—Augusto, *Arzobispo de Evora*.—Manuel, *Arzobispo-Obispo de Guarda*.—Manuel, *Obispo de Coimbra*.—Antonio, *Obispo de Viseu*.—Antonio, *Obispo de Porto*.—Francisco José, *Obispo de Lamego*.—Antonio, *Obispo de Algarbe*.—Antonio, *Obispo de Portalegre*.

Federación Católica de los Maestros españoles.

La «Asociación Benéfica de la Enseñanza Católica», que con el aplauso de todos los buenos desde hace años viene ocupándose, con resultados positivos, de los derechos é

intereses de los Maestros de instrucción primaria, proyecta la «Federación Católica de los Maestros españoles» para oponerse á que prospere la establecida por cuatro sectarios en la Casa del Pueblo de Madrid.

A este fin dirige el siguiente manifiesto:

A los Maestros españoles.

Nadie ignora la necesidad imperiosa en que se halla nuestra abandonada clase de promover su propio mejoramiento.

El medio más eficaz de llevarlo á cabo, prácticamente el único, es sumar las fuerzas de todos los Maestros españoles en bien organizadas y laboriosas Asociaciones que con perseverante esfuerzo trabajen por realizar la *redención del Maestro por el Maestro mismo*.

Así lo entiende al menos esta «Asociación de la Enseñanza Católica», que desde hace algunos años viene ocupándose sin descansar, y con creciente éxito, en la defensa de los derechos é intereses del Magisterio español. Y esto, unido á la confianza que se ha depositado en nosotros repetidas veces por elevadas personalidades, nos ha movido á proponer á todos los Maestros católicos de la Nación, tanto públicos como privados, el siguiente.

Proyecto de Federación Católica de los Maestros españoles.

I

Asociaciones en los partidos judiciales.

Se constituirá en cada partido judicial una Asociación de los Maestros católicos, públicos y privados, que haya en él. Las Asociaciones así formadas se registrarán por propios Reglamentos que han de acordar por sí mismas en la forma que estimen más conveniente, con tal que nada se diga en ellos contrario á la Religión y Moral Católicas ni al Reglamento general de la Federación.

Donde ya existan Asociaciones y tengan aprobado su Reglamento, no será preciso sino que este acepte las dos condiciones expresadas y se adhieran al presente proyecto.

Estas Asociaciones de partido quedan en libertad completa de confederarse para formar una agrupación provincial ó permanecer aisladas entre sí, sin otro vínculo que el que establezca la Federación Nacional.

II

La Federación Católica Nacional.

Esta Federación se compondrá de las Asociaciones de partido ó provinciales. Su reglamento lo dictarán de común acuerdo esas mismas Asociaciones. Para ello se les remitirá un proyecto, y una vez estudiado y hechas las observaciones que se estimen convenientes, se corregirá conforme á los deseos de todos ó de la mayoría, y se presentará á la aprobación oficial. En este Reglamento se ordenará la constitución de una Junta Central con residencia en esta Corte, y será artículo fundamental que la Federación se someterá por completo y en todo á las enseñanzas de la Iglesia católica.

III

Fines de la Federación

Una vez constituída la Federación dirigirá todo su esfuerzo á la defensa y mejoramiento de la enseñanza y del Magisterio católico español. Para esto, entendemos que se podría organizar en esta Corte una Agencia general encargada de gestionar todos los asuntos de los asociados, tanto de interés general como particular, aunque sea por la vía contenciosa; se procurará el establecimiento de una Bolsa del Trabajo, cuya misión será proporcionar colocación á los Maestros católicos que se encuentren sin ella; se formará, si se juzga conveniente, un Montepío, y se pondrán todos los medios que convengan para que de tiempo en

tiempo se reúna en Asamblea la Federación, que acordará lo que las circunstancias aconsejen.

El periódico *La Enseñanza Católica* se ofrece á servir de órgano para la frecuente comunicación de los asociados.

No se nos oculta que esta empresa echa sobre nosotros la difícil labor de la organización, pero esto y mucho más aceptamos gustosos por el bien del Magisterio católico español.

A los que estén conformes con la idea les pedimos que llenen los huecos de la carta adjunta, á fin de poner en comunicación á los de cada partido para que tengan una reunión en la que se discutan su Reglamento y quede establecido el lazo de amor y entusiasmo que se necesita para las obras grandes.

Queremos hacer constar que de ningún modo nos arrogamos preeminencia alguna entre las demás juntas de nuestros compañeros. Nuestro papel se reduce á proponerles de igual á igual una idea que creemos será útil y aún salvadora para nuestra clase.

Por la «Asociación de la Enseñanza Católica», que es la que os invita: El Presidente, *Manuel Prieto*.—El Secretario, *Miguel Mira*.

NOTA.—Las cartas de adhesión se dirigirán, con sello de 1¼ de céntimo, al Presidente de la «Asociación de la Enseñanza Católica», calle de Atocha, núm. 81, Madrid.

*
* *

Entérense detenidamente los señores curas párrocos de este manifiesto, y den conocimiento de él á los señores maestros, procurando invitarlos á adherirse al proyecto de formar la *Federación Católica de los Maestros españoles*.—La forma de adhesión podría ser esta:

Señor Presidente de la «Asociación de la Enseñanza Católica».

Estimado compañero: Como Maestro... y conforme en un todo con el manifiesto que esa Asociación dirige al

Profesorado, me adhiero al proyecto de formar la *Federación Católica de los maestros españoles* y prometo asistir á la reunión que tendremos los de mi partido ó mandarles mi adhesión á los acuerdos que tomen el día en que se reunan para constituir la Asociación y discutir el Reglamento.

Declaro que soy católico.

De usted afectísimo y compañero...

Póngase el sello de la Escuela ó Colegio, é indíquese el Partido judicial y la Provincia á que pertenece.

DISERTACION

leida en la solemne Apertura del Curso académico
DE 1912 A 1913

POR

D. Lorenzo Rodríguez Sotillo.

Profesor de Propedéutica,
Lugares Teológicos y de Perfección de Latín.

(Continuación)

Añádese á esto el que solo el Padre conoce al Hijo y al Padre nadie más que el Hijo, (1) lo cual no puede ser sino con conocimiento comprensivo y por tanto propio de Dios; el que el Hijo promete á los apóstoles enviarles desde el Cielo al Espíritu Santo, (2) lo que tampoco tiene explicación á no ser admitiendo que éste proceda de aquel; el que recibiera la suprema potestad en el cielo y en la tierra (3) y les confiriera á los apóstoles plena facultad de perdonar los pecados (4) de legislar y de mandar á la naturaleza, (5) si esto fuera necesario

(1) Mateo XI, 27.

(2) Lucas XXIV, 49.

(3) Mateo, XXVIII, 18, 19.

(4) XVIII, 18.

(5) 8 Mac. XVI, 17, 18.

para el implantamiento y gobierno de la Iglesia y finalmente que les impusiera el deber de predicar á todas las gentes y de bautizarlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en la cual fórmula salta de seguida á la vista al mismo tiempo que la distinción, la igualdad de personas en naturaleza; y nadie podrá menos de convencerse de que la filiación de Cristo es divina debida al ser que recibió en la generación eterna, no al que provino de la generación temporal. (5)

De otra suerte, ¿cómo conciliar á San Pablo y á San Juan con los demás apóstoles? ¿No proclaman ellos expresamente la divinidad de Jesús? ¿Y no consta que la doctrina de San Pablo era la misma que la de sus compañeros? ¿No fué cotejada su fé (6) y hallaron que en nada discrepaba, antes fueron aprobados y alabados sus escritos por San Pedro. (7) Además: ¿sólo predicaron por el mundo San Pablo y San Juan? ¿Cómo, pues, si predicaron una fé distinta de todos los otros, las Iglesias la abrazaron sin exclusión? ¿Ignoran nuestros adversarios el aferramiento de estas Iglesias particulares á las tradiciones de sus antepasados, y más cuando les constara que fueron apóstoles sus fundadores ó discípulos inmediatos de ellos? ¿No consta asimismo que San Lucas fué discípulo de San Pablo y que su Evangelio contiene también la misma doctrina del maestro?; cómo explicar, pues, la gran diferencia entre uno y otro? El discípulo en la hipótesis racionalista se hallaría en continua y manifiesta contradicción consigo mismo.

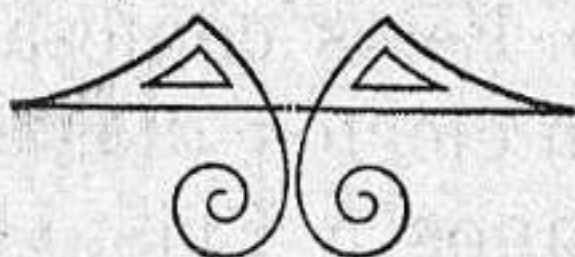
Véase la razón que tienen para afirmar contundentemente

(5) Véase, Lepin, Murillo, Marcella, Pescht.

(6) Ad Galatas, II, 2.

(7) II S. Petri III, 15, 16.

temente que la divinidad de Cristo no está de ningún modo consignada en los Sinópticos.



Siguiendo, pues, los surcos de la tradición que encontramos abiertos á fines del segundo siglo, hemos llegado hasta las primeras fuentes desde donde ésta parte, viendo que en todo ese tiempo es una, constante y uniforme; que desde los primeros Padres y mártires que examinamos hasta los autores de los tres primeros Evangelios están contestes en confesar que Jesucristo es verdadero Dios y hombre. Sabemos ya de consiguiente cual ha sido siempre el Cristo de la fé; solo nos resta ahora averiguar cual ha sido el Cristo de la historia para de ese modo arribar á nuestra conclusión. Esto lo conseguiremos viendo primero qué es lo que nos dicen de Jesús los autores no cristianos y después considerándole en nuestras fuentes cristianas.

Será el primero Plinio el Joven, que á principios del siglo segundo consultaba á Trajano. «Señor: juzgo indispensable referirte los asuntos dudosos. Porque ¿quién puede guiarme mejor en mi perplejidad é instruirme en mi ignorancia? Jamás he asistido á los procesos de los cristianos: así ignoro cómo y qué se suele inquirir y castigar.... Entre tanto con los que me han denunciado como cristianos he seguido este procedimiento. Les he preguntado si eran cristianos; á los que he confesado, les he preguntado segunda y tercera vez, amenazándoles con el suplicio al cual he mandado llevar á los que han sido constantes... Otros de los nombrados por el denunciador dijeron que eran cristianos y luego lo negaron diciendo que lo habían sido,

pero que ya lo habían dejado de ser, únos tres años antes, otros más y algunos hasta veinte. Todos adoraron tu imagen y los simulacros de los dioses y también maldijeron de Cristo. Éstos confesaron que su error se reducía á juntarse en ciertos días antes de salir el sol á cantar á coros himnos á Cristo como á Dios y con juramento se obligaban, no á ninguna cosa criminal, sino á no cometer ni hurto, ni latrocinio, ni adulterio á no faltar á la palabra y á no negar el depósito: que hecho esto solían retirarse y después volver á juntarse para hacer una comida común é inocente; y que aún esto lo habían suspendido después de un edicto en que, según tus órdenes prohibías las *hecterias*. He creído necesario llevar más lejos mis investigaciones y he hecho dar tormento á dos esclavas de esas que llaman diaconisas, pero nada más encuentro una superstición mal reglada y excesiva. (1)

Esto es lo que testificaba Plinio de los cristianos de Bitinia, poco antes había escrito también Tácito de los de Roma:» La opinión pública acusaba á Nerón de haber ordenado el incendio. Para calmar estos rumores hizo aparecer á otros como culpables, les hizo sufrir las más refinadas torturas á infelices aborrecidos por sus abominaciones, á los que se llamaba vulgarmente cristianos. Este nombre les vino de Cristo, que bajo el reinado de Tiberio fué condenado al suplicio por el Procurador Poncio Pilato. Reprimida por breve tiempo esta execrable superstición, se desbordó de nuevo no sólomente en Judea, donde había tenido su origen, sino hasta en la misma Roma. Se empezó por prender á los que eran conocidos por sus creencias cristianas y por las declaraciones de estos se apresó á una inmensa multitud de personas que fueron menos

(1) Ferreiroá. Hist. apolog. de los Papas,

convencidas de haber incendiado á Roma que de ser gentes aborrecidas del género humano». (1) Suetonio, que vivía en la misma época, confirma esta narración: (2) «Claudio, con sus palabras, expulsó de Roma á los judíos que levantaban tumultos por instigación de *Cresto*. (3) Y refiriéndose á Nerón, dice: «fueron atormentados los cristianos, casta de gente que propagaba una superstición nueva y maléfica.» Aquí se descubre el odio de los dos escritores romanos contra la nueva Religión que se conoce que habían tomado poco trabajo en procurar conocer, pero se ofrece á los ojos bien patente lo mismo la rápida propagación del cristianismo y la existencia de su autor, que el culto que ya en aquellos tiempos tributaban los fieles reunidos á Cristo como á Dios, Además de estos autores, Suida refiere el empadronamiento que mandó hacer Augusto: Celso reconocía que Jesús había nacido de una doncella pobre, esposa de un artesano, los cuales habían huído á Egipto; Trifón no negaba la vida admirable de Cristo, ni las maravillas que había éste ejecutado. Calcidio habla de la aparición milagrosa de una estrella que no pudo ser otra que la que guió á los Magos, Macrobio refiriéndose á la degollación de los inocentes, entre los cuales pereció el mismo hijo de Herodes; pone este dicho en boca de Augusto: «más vale ser puerco de Herodes que hijo suyo»; que Jesús fué un Profeta que conocía y anunciaba lo futuro, lo atestigua Flegón liberto del emperador Adriano y el propio Flegón juntamente con Tales mencionan el terrible trastorno de la naturaleza en la muerte del Salvador. (4) Los mis-

(1) Hettinger. Demostración Cristiana.

(2) Id.

(3) Así llamaba á Cristo.

(4) Véase Huet *Demonstratio Evangelica* y Ménége de *principiis Theologicis*.

mos judíos han consignado en el Talmud la muerte de Jesús y no han podido menos de confesar que obraba milagros, si bien tratan de explicarlos por la magia: leese en efecto en el tratado de Sanhedrín: «La víspera de Pascua, Jesús fué ajusticiado por haberse entregado á la magia y á los sortilegios y por excitar al pueblo de Israel á abrazar una religión extraña. Como fuera imposible poder justificar su conducta se le crucificó en dicho día». (1) Consta también por Tertuliano que el emperador Tiberio quiso dar un puesto á Jesucristo entre los dioses del imperio, á lo que se opuso el Senado, así como también que las actas del proceso, por el que se le condenó á muerte debían de estar en los archivos de Roma; á ellas se refieren el mismo Tertuliano y San Justino, á que las consultasen invitaban á los emperadores.

Luminosos son estos testimonios que aquí he propuesto, más hay aún uno que sobrepasa en celebridad á todos ellos, me refiero al de Flavio Josefo, combatido con fuerza por los críticos de nuestros días: he aquí su traducción: «En aquel tiempo vivía Jesús, hombre sabio, si es que puede llamársele hombre, por que obró hechos extraordinarios y era el Maestro, de los que aprenden con alegría la verdad. Había muchos discípulos que le seguían, así entre los judíos como entre los griegos: este hombre era el Cristo. Después que Pilatos lo hizo crucificar á causa de haberlo acusado los principes de nuestro pueblo, sus discípulos no dejaron por eso de amarlo como antes. Se apareció vivo tres días después de su muerte. Los Profetas de Dios habían predicho este milagro, así como muchos otros que se realizaron igualmente. El pueblo de los cristianos existe aún hoy día; se ha llamado así del nombre

(1) Hettinger.

de su Jefe». (1) Así escribía el historiador judío cuando aún estaba viva la memoria de los hechos del Salvador.

Su testimonio se recibió sin escrúpulo ninguno por todos, hasta el siglo diez y seis; entonces surgieron algunas dudas sobre su autenticidad y empezaron ya á impugnarlo y desde esa época se le ha seguido haciendo cruda guerra por los enemigos del cristianismo, auxiliados por algunos cristianos. Pero como arguye Mir (2) y antes que él, ya había argüido Migne, si lo hubiera omitido, «tanto prueba su silencio como su dicho... porque ó creyó que las maravillas de Jesús celebradas por el vulgo, eran falsas, ó las tiene por erróneas. Si las hubiere creído falsas, no las habría sepultado en el silencio: el interés de la religión, el amor de su gente, la estima de la verdad le forzaban á mirar por la gloria israelítica y á granjearse el favor de los emperadores que maltrataban á los cristianos; de forma que si fuesen falsos los milagros de Cristo, el callar de Josefo cuando el mundo los pregonaba, hubiera sido crimen de alta traición. Si los creyó verdaderos y con todo eso los echó por alto, no pudo ser, sinó por desazonar á los suyos, por trampear con la verdad. La verdad sea que no podía Josefo tener por de ninguna importancia los rumores que en su tiempo corrían sobre los milagros de Jesús».

Pero además las razones en favor de la autenticidad son avasalladoras. Habla con elogio de S. Juan Bautista, habla de la muerte de Santiago á quien da el nombre de hermano de Jesús que se decía el Cristo ¿é iba á pasar en silencio á éste, siendo infinitamente más célebre que ellos??

En segundo lugar; los autores desde el siglo cuarto

(1) Hettinger.

(2) El Milagro.

aún los que gozaban fama de críticos y que el tiempo ha acreditado de tales, lo refieren siempre como genuino; se ha hallado que todos los códices antiguos lo conservan; que si en alguno falta es en los más modernos y en estos se sabe que fué omitido por los judíos, que además en alguno de los otros lo habían raspado; en ningún tiempo consta que los cristianos lo intercalaran ó interpolaran, los judíos nunca protestaron de esto; luego no es posible que sea supositicio.

Por otra parte ninguna de las dificultades que sus impugnadores alegan deja de tener solución satisfactoria; porque ni se sigue que Josefo tuviera á Jesús por el Mesías, ni hay inconveniente ninguno en creer que trataba de captarse la benevolencia de los cristianos, dados los antecedentes de su conducta, ni prueba nada que S. Justino ni los Padres de su tiempo no echaran mano de él. (1)

(Se continuará).

(1) Véase, Mir, Murillo, Tigliara, Mamaquio, Migne, Huet, Billuart.